

arte]ka

**EL RACISMO,
PUNTA DE LANZA
DE LA REACCIÓN**

Portada — **Zoe Martikorena**

—**E**l racismo es un elemento que, incluso bajo las apariencias de anticapitalismo, permite a la burguesía no solo importar mano de obra, sino asegurar que esta sea barata y, además, azuzar la reacción aparentemente anticapitalista de la clase media que, con ello, no hace sino reforzar el poder de los capitalistas.

Contenidos

6

10

28

38

EDITORIAL

Arteka

La punta de lanza de la reacción

COLABORACIÓN

Andoni Zabalza

Racismo inmobiliario en Hego Euskal Herria: estructura, mercado y exclusión residencial

COLABORACIÓN

Joanex Artola

Reflexiones para hacerle frente al fascismo entre la juventud trabajadora

COLABORACIÓN

Adam Laamirni

Una mirada al racismo actual

La punta de lanza de la reacción

Editorial

Atoda consolidación y esclerotización de un determinado poder corresponde de una creación más o menos artificiosa de un enemigo externo. Lo hemos visto, por ejemplo, en procesos revolucionarios que han fracaso o se han estancado, cuando han recurrido a la identificación del enemigo imperialista como medio para evadir la auto-crítica de las contradicciones internas, en lugar de identificar a estas como elementos intrínsecamente unidos a la realidad imperialista, como manifestaciones internas de la misma.

Pero lo vemos, sobre todo, en los procesos reaccionarios de consolidación del poder capitalista de la burguesía que, entrado en crisis y descomposición, necesita construir un chivo expiatorio que permita unificar sus filas y afianzar su poder. El siglo XX se caracteriza por la polarización social en ese sentido, primero como polarización racial en el contexto de Guerra Mundial, y después como polarización política en la posguerra entre dos

potencias que ya no antagonizaban en propuesta civilizatoria, sino que, en términos de poder y estabilidad mundial, ambas se erigían como elementos de contrapeso de un capitalismo global.

Son frecuentes, también en el seno de nuestra actividad política, los análisis sobre la función desintegradora que cumple el racismo en el seno de la clase obrera. Sin embargo, conviene incidir, además, en la función que cumple para unificar al sujeto capitalista, la burguesía y todos los estratos de clases acomodadas que pivotan en torno a ella. El racismo es, en la crisis capitalista contemporánea, una estrategia política, ideológica y cultural de la clase burguesa para constituir y afianzar su poder; no es un simple residuo del proceso social, es la manifestación consciente de ese proceso, su punta de lanza, que encuentra su fundamento social en la crisis capitalista del bloque imperialista europeo.

El siglo XX se caracteriza por la polarización social en ese sentido, primero como polarización racial en el contexto de Guerra Mundial, y después como polarización política en la posguerra entre dos potencias que ya no antagonizaban en propuesta civilizatoria

La consolidación del sujeto reaccionario y fascista de la clase burguesa se fundamenta sobre la articulación de un enemigo externo. La crisis migratoria, el desplazamiento forzado de millones de seres humanos, no son considerados, consecuentemente, como problemas intrínsecos a la sociedad capitalista y a nuestra realidad social, sino que se entienden como exportaciones de países ajenos a la dinámica global del capital. Así, aunque en el mejor de los casos ciertos reaccionarios identifiquen la migración como problema capitalista, no lo hacen como problema inherente a su dinámica, sino como problema ajeno producido por los capitalistas para su propio beneficio. En ese sentido, la migración sería producida para interés del capital en el centro imperialista, y una posición anticapitalista significaría cerrar las puertas a las personas migrantes.

Ese análisis es, sin embargo, profundamente problemático. Más allá de que a determinados sectores de los capitalistas les interese importar mano de obra barata –que, como ya señalamos en un número anterior, ese es un *a priori* conflictivo y racista, pues se considera al migrante más barato por naturaleza y, por lo tanto, se descarta su integración en luchas sociales y políticas del centro imperialista–, no es ese el interés de todos –el excedente masivo de fuerza de trabajo supone un gasto ampliado para el capital–, ni puede ser considerado, por ello, un elemento esencial de la política burguesa y de su mundo ideológico y cultural. Muy al contrario, el interés de la burguesía es la consolidación de su poder económico, atrayendo para ello mano de obra barata de manera subordinada, y la consolidación

El racismo es, en la crisis capitalista contemporánea, una estrategia política, ideológica y cultural de la clase burguesa para constituir y afianzar su poder; no es un simple residuo del proceso social, es la manifestación consciente de ese proceso, su punta de lanza

El interés de la burguesía es la consolidación de su poder económico, atrayendo para ello mano de obra barata de manera subordinada, y la consolidación de su poder político, constituyendo un sujeto cultural reaccionario que cumpla las veces de afianzar su poder

de su poder político, constituyendo un sujeto cultural reaccionario que cumpla las veces de afianzar su poder en ambas esferas: la económica, porque permite abaratizar el coste de la fuerza de trabajo, y la política, porque constituye un amplio sujeto social, integrando a grandes capas reaccionarias, que sirven como legitimación de su poder.

Así, el racismo, aunque disfrazado de política anticapitalista, cumple la función de consolidación de la sociedad capitalista, no solo de una manera negativa, esto es, destruyendo la unidad de clase del proletariado, sino también positivamente, ya que es el primer elemento consciente que posibilita la política burguesa como una política socialmente arraigada y de amplio poder social; es la punta de lanza de la reacción.

Para muestra, un botón: en el contexto de la II^a Guerra Mundial, contexto de crisis mundial, el “problema judío” era un tema que preocupaba a todas las potencias capitalistas europeas. La expulsión de judíos y las políticas racistas contra ellos se extendían por diversos países europeos. Los judíos eran, desde luego, a escala social, el chivo expiatorio que permitía a las diversas burguesías europeas afianzar su poder –así como a escala política lo sería el comunismo-. La unificación reaccionaria del sujeto burgués, aunque conflictivamente realizada mediante la guerra y la destrucción, tuvo como elemento fundamental el odio racial y el exterminio de los judíos, presente de manera consciente y preponderante en la estrategia política del nazismo. Si grandes capas de masas europeas apoyaron al nazismo, eso es, entre otras cosas, porque supo dar

una respuesta a la crisis capitalista, cargando los problemas internos de cada una de las potencias sobre los hombros de los judíos que, según conveniencia, o eran tildados de capitalistas y grandes tenedores de dinero, o eran acusados de comunistas.

Más allá de ser un elemento contingente o atribuible a mentes enfermas, el exterminio de los judíos cumplía un papel subordinado al afianzamiento del poder de la burguesía, permitiendo legitimar socialmente al nazismo. Hoy, también, el racismo es un elemento que, incluso bajo las apariencias de anticapitalismo, permite a la burguesía no solo importar mano de obra, sino asegurar que esta sea barata y, además, azuzar la reacción aparentemente anticapitalista de la clase media que, con ello, no hace sino reforzar el poder de los capitalistas. ●



RACISMO INMOBILIARIO EN HEGO EUSKAL HERRIA ESTRUCTURA, MERCADO Y EXCLUSIÓN RESIDENCIAL

Texto — **Andoni Zabalza**

Imagen — **Josu Etxarri**



A

En Hego Euskal Herria, acceder a una vivienda de alquiler se ha convertido en un proceso cada vez más restrictivo. Los precios suben, la oferta disminuye y la competencia por cada piso disponible se intensifica. Pero, más allá de esas dinámicas económicas, existe un conjunto de prácticas silenciosas que determinan quién puede alquilar y quién queda sistemáticamente fuera del mercado inmobiliario. Dichas prácticas no siempre aparecen en los anuncios ni en los contratos: se manifiestan en llamadas que no se devuelven, visitas canceladas a última hora o requisitos que se endurecen de manera selectiva.

Distintas organizaciones sociales y los datos institucionales llevan años señalando un patrón que se repite en todo el territorio: las personas migradas y/o racializadas se enfrentan a más obstáculos, más sospechas, más puertas cerradas y más teléfonos colgados. El mercado del alquiler no solo filtra por ingresos o por estabilidad laboral; también opera con criterios informales, prejuicios y percepciones de riesgo que se activan en función del origen, el acento o el color de piel.

Este fenómeno, conocido como racismo inmobiliario, se ha convertido en uno de los mecanismos más potentes de exclusión residencial. Su fuerza reside precisamente en su discreción: rara vez se formula abiertamente, pero está presente en cada paso. Para entender cómo actúa hoy, conviene desmenuzar sus engranajes y observar cómo interactúan con la estructura del mercado y con la precariedad creciente de amplios sectores de la población.

CÓMO FUNCIONA HOY EL RACISMO INMOBILIARIO

Como digo, el racismo inmobiliario, generalmente, es un fenómeno sutil y, por ello, difícil de identificar, demostrar y combatir. Suele darse en la negativa más o menos explícita, sin explicación ni motivo aparente, que recibe una persona migrada y/o racializada al contactar con una agencia inmobiliaria o un particular para alquilar una vivienda o una habitación. Sin embargo, esto es tan solo *un momento* de un fenómeno de raíces más profundas.

En el mercado de la vivienda, las clases propietarias emplean una amplia variedad de mecanismos para asegurar sus ganancias y minimizar riesgos. Para mantener estas condiciones, imponen a la clase trabajadora una serie de requisitos que, con frecuencia, actúan como barreras de acceso. Entre

ellos figuran la exigencia de ingresos mínimos altos, fianzas cuantiosas, contratos indefinidos o documentación complementaria difícil de obtener. También es habitual pedir varios meses de renta por adelantado o negar la posibilidad de empadronarse. Además, en algunos casos se observan diferencias en la forma de mostrar las viviendas según el perfil de la persona, segmentando visitas o no enseñando ciertos inmuebles. La temporalidad laboral, la inestabilidad contractual o las barreras administrativas suelen influir en los procesos de selección, al igual que el manejo del idioma, el acento o el color de la piel.

En un mercado de alquiler donde hay más candidatos que pisos disponibles, los propietarios pueden imponer condiciones sin consecuencias significativas. Sus decisiones están atravesadas no solo por criterios económicos, sino también por prejuicios, bulos y rumores que configuran una percepción difusa de amenaza. En este sentido, el surgimiento relativamente novedoso de la figura del *inquiokupa* es paradigmática: una categoría estigmatizante e ideológica, sin base jurídica, que trata de fusionar impagos puntuales o conflictos contractuales con la usurpación, convirtiendo situaciones habituales del alquiler en supuestas conductas delictivas. La criminalización de la vulnerabilidad económica ha contribuido al aumento de la inversión en vigilancia privada y a la proliferación de empresas de desocupación dedicadas a intervenciones extrajudiciales en disputas relacionadas con el alquiler. Entre las intervenciones aparecen visitas presenciales, comunicaciones insistentes y distintas formas de presión orientadas a que los inquilinos abandonen la vivienda o modifiquen su situación contractual.

En el mercado de la vivienda, las clases propietarias emplean una amplia variedad de mecanismos para asegurar sus ganancias y minimizar riesgos. Para mantener estas condiciones, imponen a la clase trabajadora una serie de requisitos que, con frecuencia, actúan como barreras de acceso

Si se mira el mapa de Hego Euskal Herria desde los anteojos del Capital, no se ven barrios ni comunidades humanas, sino una gigantesca red de activos inmobiliarios, flujos de renta y oportunidades de valorización

En este contexto, la clase trabajadora migrada y/o racializada queda en una posición de desventaja en el mercado libre, lo que la puede llevar a recurrir a habitaciones en alquiler, viviendas compartidas o inmuebles con prestaciones limitadas. Cuando estas alternativas tampoco existen, aparecen situaciones de infravivienda e incluso de ausencia —total o intermitente— de alojamiento estable. Al mismo tiempo, estas dinámicas tienden a empujar a los sectores más empobrecidos hacia zonas periféricas o áreas con menor oferta residencial, configurando patrones de distribución espacial que afectan de forma desigual a distintos grupos de población.

En última instancia, estas lógicas no solo definen quién accede a una vivienda, sino también cómo se ordenan las ciudades y qué posiciones ocupa cada grupo dentro de ellas. El racismo inmobiliario opera así en un terreno donde decisiones aparentemente ordinarias y puntuales terminan modelando recorridos vitales y configuraciones urbanas. Señalar y analizar estos mecanismos permite entender mejor el entramado que lo sostiene y abre la posibilidad de observar el mercado de la vivienda como un espacio donde se expresan, de forma cotidiana, procesos sociales más amplios.

EL RACISMO INMOBILIARIO EN HECHO EUSKAL HERRIA: UNA APROXIMACIÓN

Si se mira el mapa de Hego Euskal Herria desde los anteojos del Capital, no se ven barrios ni comunidades humanas, sino una gigantesca red de activos inmobiliarios, flujos de renta y oportunidades de valorización. Las casas dejan de ser vistas como hogares para pasar a ser vistas como mercancías que deben producir ganancias. Y bajo estas circunstancias, la figura del propietario ocupa una posición privilegiada: custodia un bien escaso, puede decidir a quién se lo ofrece, en qué condiciones. Esa capacidad discrecional es el terreno donde nace y

se reproduce el racismo inmobiliario.

Partiendo de este marco general, adquiere sentido observar cómo se distribuye socialmente la población, porque es dentro de esa estructura de mercado donde se producen las desigualdades de clase y la discriminación racial. En la CAV, a 1 de enero de 2024, vivían 298.422 personas nacidas en el extranjero, un 13,5% de la población total. En Navarra, según las series oficiales elaboradas con datos del INE, la población nacida en el extranjero alcanzó el 17,9% en 2023 (120.316 personas), por encima de la media estatal (17,1%). Es decir, la diversidad de origen no es una excepción marginal: la quinta parte de quienes viven en la comunidad foral y más de una de cada ocho personas en la CAV han nacido fuera del Estado. Ahora bien, estas cifras solo muestran una parte del paisaje real. La población racializada en Hego Euskal Herria es mayor que la que aparece en las estadísticas oficiales, porque los datos recogen únicamente a quienes han nacido en el extranjero, pero no a sus hijas e hijos nacidos aquí ni a quienes ya han obtenido la nacionalidad. Las segundas generaciones —jóvenes que han crecido en barrios de Bilbao, Donostia, Gasteiz o Iruña— siguen siendo tratadas como sospechosas por buena parte del mercado del alquiler. Y lo mismo ocurre con las tercera generaciones, que ya forman parte del tejido social desde hace décadas, pero que continúan enfrentándose a los mismos filtros raciales que sus abuelos. La nacionalidad tampoco actúa como protección: miles de personas han obtenido el DNI español en los últimos años, pero eso no ha impedido que se les siga negando una vivienda por su apellido, su fenotipo o su acento familiar. El resultado es que el peso real de la población racializada afectada por el racismo inmobiliario es muy superior al que sugieren los porcentajes oficiales, aunque el sistema estadístico insista en reducirlo a la categoría administrativa de «nacidos en el extranjero». Aquí, la línea que separa quién



entra y quién no en el mercado del alquiler no la dibuja un documento, sino una mirada. A partir de aquí, el análisis del mercado del alquiler permite ver cómo esta estructura económica se traduce en prácticas concretas que afectan de manera desigual a distintos grupos.

El mercado del alquiler en Nafarroa ofrece una imagen clara del terreno de juego. A comienzos de 2025, se contabilizaban 25.278 viviendas alquiladas —solamente teniendo en cuenta aquellas casas que declaran alquilar las personas físicas, y dejando fuera, por tanto, los alquileres sin declarar y aquellos en los que los propietarios son personas jurídicas—, con un precio medio mensual de 582,2€, un 7,5% más que el año anterior. El precio medio por metro cuadrado se situaba en 6,7€, casi un 10% más que el año previo. No es solo una curva ascendente en un gráfico: significa que una fracción creciente del salario de la clase trabajadora se destina a la reproducción de la renta de una minoría propietaria. En la CAV, el mercado del alquiler también se ha expandido: un incremento del 5,5% en los contratos de vivienda habitual en 2024, mientras los precios se consolidan en niveles altos, especialmente en áreas metropolitanas como Bilbao o Donostia. Una dinámica que adquiere todo su sentido cuando se observa quién queda atrapado en esa presión creciente.

Como sabemos, la vivienda de alquiler es un mecanismo de extracción de renta sobre la parte del salario que no se destina de forma directa a la subsistencia biológica, sino a la reproducción social de la fuerza de trabajo. En este sentido, el racismo inmobiliario es una tecnología de gestión de esa renta: decide quién soporta las peores condiciones, quién es expulsado del mercado libre, quién paga más por menos y quién queda perpetuamente atado a tener que escoger entre la infravivienda o la ausencia total de una vivienda. Los datos sobre exclusión residencial en la CAV muestran de forma muy nítida esta fractura. La II Estrategia Vasca contra la Exclusión Residencial señala que, en el recuento de 2022, había 3.380 personas en situación de ausencia total de vivienda —sumando personas en calle, albergues y otros recursos— y que, en las tres capitales, el peso de las personas de origen extranjero entre quienes se encuentran sin techo pasó del 63% en 2016 al 78% en 2022. Y si atendemos a los datos más recientes del VII Estudio sobre las Personas en Situación de Exclusión Residencial Grave en la CAPV (2024), la tendencia es incluso más evidente. Entre quienes duermen en la calle, la estimación para el conjunto de la CAV sitúa el

porcentaje de personas extranjeras en un 86%, y entre quienes pernoctan en albergues o centros de acogida nocturna, en un 70%. Todo ello, como indicaba anteriormente, ocurre en un contexto en el que la población nacida en el extranjero en la CAV representa únicamente el 13,5% del total.

Este estudio de 2024, además, ofrece una cifra global actualizada: 4.326 personas sin hogar en la CAV, a partir de un recuento realizado en 30 municipios durante una misma noche. El 83% de las personas contabilizadas eran nacidas en el extranjero —con una mayoría de origen magrebí—, y el propio informe advierte que las personas de origen no extranjero podrían incluso estar sobrerepresentadas. La desproporción es tan abrumadora que resulta insostenible atribuirla a *malas decisiones individuales*: lo que se observa es el resultado acumulado de un sistema que ejerce mayor presión en ca-



El racismo inmobiliario es una tecnología de gestión de la renta sobre la parte del salario que se destina a la reproducción social de la fuerza de trabajo: decide quién soporta las peores condiciones, quién es expulsado del mercado libre, quién paga más por menos y quién queda perpetuamente atado a tener que escoger entre la infravivienda o la ausencia total de una vivienda



da cruce sobre determinados grupos poblacionales.

El panorama es similar cuando se baja a la escala más local y se observa cómo se experimenta esta exclusión en el día a día. Cáritas Gipuzkoa aporta un retrato más cercano de este fenómeno. Entre enero y septiembre de 2025, la entidad acompañó a 1.216 personas sin hogar en el territorio. El 93% eran de origen extranjero, el 90% hombres, y la mayoría jóvenes de entre 18 y 44 años. El 78,8% no tenía ningún tipo de alojamiento cuando fueron atendidos y, lo que es clave, más del 70% no estaba empadronado en ningún municipio. No estar empadronado no es solo un dato administrativo: es una exclusión de derechos sociales básicos, entre ellos el acceso a ayudas de vivienda o a determinados servicios sociales. La institución señala que el empadronamiento se ha convertido en una traba central; sin dirección, no hay padrón, y sin padrón no hay reconocimiento institucional de la existencia social de esas personas.

Quienes duermen en la calle en Donostia son, en un 95%, personas extranjeras, según los recuentos de exclusión residencial. En Bilbao, el 84% de quienes lo hacen en la vía pública también son de origen extranjero. La marginación residencial más extrema no recae sobre "la sociedad vasca" en abstracto, sino sobre un segmento muy concreto de la clase trabajadora: jóvenes migrantes, hombres en su mayoría, que sostienen trabajos duros y mal pagados o que han quedado atrapados en los pliegues de la



La misma estructura institucional que dice garantizar derechos socializa selectivamente la miseria: la parte de la clase trabajadora en situación más inestable queda fuera de las redes de protección, mientras se mantiene la ficción de un sistema de protección social de acceso universal

burocracia de asilo y extranjería.

Aunque el foco suele ponerse en la CAV por su mayor disponibilidad de datos, en Nafarroa la lógica es comparable y presenta sus propios mecanismos de exclusión. Varios colectivos sociales han alertado del aumento del número de personas sin hogar en Iruña, subrayando que la mayoría son de origen extranjero. En este contexto, el empadronamiento aparece en Nafarroa como una frontera administrativa decisiva.

Según SOS Racismo Nafarroa, en su Informe Anual 2024, el padrón social se ha convertido en un foco recurrente de vulneraciones de derechos. La entidad documenta retrasos injustificados en la respuesta, la no aplicación del silencio administrativo positivo, y la exigencia de volver a presentar solicitudes que, en algunos casos, han supuesto esperas de hasta diez meses para obtener una resolución. También denuncia la aplicación generalizada de un periodo de estudio de tres meses para comprobar la residencia efectiva en el municipio y la obligación de firmar compromisos de comparecencia cada quince días en dependencias municipales, requisitos que no se exigen de manera generalizada a toda la población. Así, lo que sobre el papel es un trámite casi automático se convierte, en la práctica, en un mecanismo selectivo: quien está en situación precaria, quien vive en una habitación sin contrato o quien comparte piso en condiciones de hacinamiento se encuentra mucho más expuesto a quedarse fuera del sistema. Y en Nafarroa, precisamente, el acceso a muchas prestaciones forales —incluidas ayudas al alquiler o programas específicos de vivienda— depende de ese registro.

Esto significa que la misma estructura institucional que dice garantizar derechos socializa selectivamente la miseria: la parte de la clase trabajadora en situación más inestable queda fuera de las redes de protección, mientras se mantiene la

ficción de un sistema de protección social de acceso universal. El racismo inmobiliario se anuda aquí con la Ley de Extranjería y con la gestión local de los padrones: quienes no tienen papeles, quienes no pueden demostrar un contrato de alquiler o quienes viven en espacios informales son tratados como sujetos potencialmente hostiles, y esa duda se convierte en pretexto para denegarles el acceso a derechos básicos. El capital necesita a esa fuerza de trabajo sobreexplotada, pero le niega el reconocimiento pleno de ciudadanía, y la vivienda se convierte en una de las palancas fundamentales de esa negación.

La discriminación no se manifiesta solo en los extremos de la ausencia de vivienda. Ikuspegia, el Observatorio Vasco de la Inmigración, ha analizado las percepciones de la población vasca sobre la discriminación en distintos ámbitos. En la encuesta EPADE 2024 (Encuesta de Percepciones y Actitudes en torno a la Discriminación en Euskadi), se señala que las características más afectadas por la discriminación en el acceso a la vivienda son disponer de bajos recursos económicos (66,3%) y ser de origen extranjero, junto con pertenecer al pueblo gitano, como rasgos fuertemente asociados a trato desigual en el ámbito residencial. Es significativo que la combinación de pobreza y origen aparezca como el núcleo duro de la exclusión. Pero no hay sorpresa: la raza —o mejor, la racialización— funciona como una forma específica de marcar y diferenciar segmentos dentro de la clase trabajadora, atribuyendo mayor riesgo precisamente a quienes el capital ha empujado a los peldaños más bajos del mercado laboral.

El capital necesita una fuerza de trabajo sobreexplotada, pero, al mismo tiempo, le niega el reconocimiento pleno de ciudadanía, y la vivienda se convierte en una de las palancas fundamentales de esa negación

Si se observa el paisaje de la vivienda en la CAV, el contraste entre vivienda pública y mercado privado también tiene lectura de clase. Alokabide informó de que, en 2024, la oferta de alquiler protegido superó las 16.600 viviendas gestionadas, con un refuerzo del parque de vivienda protegida en alquiler y programas como Gaztelagun destinados a apoyar el pago del alquiler a jóvenes. La vivienda protegida, al tener criterios reglados de acceso, reduce formalmente la capacidad del propietario individual de discriminar, pero la entrada a esos programas no es neutra; requiere, de nuevo, empadronamiento, cierta estabilidad económica y, en muchos casos, situación administrativa regular. Quien ha sido expulsado del circuito formal de alquiler, quien ha sufrido barreras para empadronarse o quien está atrapado por la Ley de Extranjería llega con dificultad a esta puerta relativamente más igualitaria.

En Navarra, la renta garantizada sostiene con dificultad a un volumen creciente de hogares migrantes que afrontan ingresos bajos, empleo inestable y mayores tasas de pobreza, pero esa protección económica no se traduce automáticamente en acceso real a la vivienda. Aunque programas como David y Emanzipa de Nasuvinsa están pensados para facilitar alquileres asequibles, muchos de estos hogares quedan fuera porque los requisitos formales—solvencia acreditable, ingresos regulares, contratos laborales estables, topes de renta o inscripción previa en el censo de vivienda protegida—no se ajustan a las trayectorias laborales precarias que caracterizan a buena parte de las familias perceptoras de la renta garantizada. Además, los tiempos de residencia exigidos, la necesidad de empadronamiento continuo y la carga documental limitan aún más las posibilidades de acceso. Esta exclusión se agrava porque el mercado privado actúa también como filtro: la población migrante se enfrenta con mayor frecuencia a rechazos explícitos, exigencias de garantías más altas y restricciones encubiertas, elementos reconocidos como manifestaciones

de racismo inmobiliario. Así, los mismos sectores que dependen de la renta garantizada para sostener su vida diaria se encuentran atrapados entre una oferta privada que los discrimina y una oferta pública difícil de alcanzar, lo que refuerza un círculo de exclusión en el que la garantía de ingresos no es suficiente para asegurar una vivienda de calidad.

Mientras tanto, la maquinaria privada del racismo inmobiliario continúa funcionando casi sin freno, amparada en la discrecionalidad del propietario. A escala estatal, el informe *Racismo y segregación en el alquiler de vivienda*, de la asociación Provienda, reveló que el 99% de las agencias inmobiliarias de Madrid aceptaban sin reparos poner en práctica exigencias discriminatorias contra personas migrantes: mentir sobre la disponibilidad de una vivienda, exigir garantías adicionales solo a extranjeros, o aceptar instrucciones explícitas de "no alquilar a inmigrantes". Y este no es un fenómeno aislado de la capital del Estado español, sino la expresión descarnada de lo que en Hego Euskal Herria acontece con formas más discretas pero no menos reales: exigencias de contratos indefinidos en sectores donde casi nadie los tiene, seguros de impago que se usan selectivamente contra personas extranjeras, o directamente la negativa verbal, improcedente pero difícil de demostrar, en la visita o por teléfono, ya sea por el color de piel, por el nombre o por el acento.

Estas formas de vivienda degradada son rentables precisamente porque se trata de población con pocas alternativas. Aquí, la propiedad funciona como un pequeño capital local que extrae plusrenta de la necesidad imperiosa de techo de los sectores más vulnerables. La encuesta de condiciones de vida del INE de 2024, a escala estatal, señala que más de 1,4 millones de personas se sienten discriminadas en el acceso a la vivienda, y que el principal motivo declarado es el origen étnico o la condición de persona migrante. Aunque estos datos no se desglosan por comunidad, ilustran algo que se percibe también en la CAV y en la CFN: el mercado del al-



La mayor parte de las medidas en materia de vivienda buscan beneficiar a la clase media, que constituye el grueso de la base electoral de los partidos que impulsan estos cambios normativos. Mientras tanto, los sectores más proletarizados, entre los cuales la población migrada tiene gran peso, quedan relegadas a un segundo plano

Que agencias inmobiliarias de Madrid acepten poner en práctica exigencias discriminatorias contra personas migrantes no es un fenómeno aislado de la capital del Estado español, sino la expresión descarnada de lo que en Hego Euskal Herria acontece con formas más discretas pero no menos reales

quiero está atravesado por un racismo funcional a la especulación y a la maximización de rentas.

Al final, detrás de cada puerta que se abre y de cada puerta que se cierra, opera un sistema que reparte posibilidades de vida de forma desigual. El racismo inmobiliario no es un gesto puntual, sino una lógica que atraviesa la arquitectura misma del mercado inmobiliario y que decide quién puede quedarse, quién debe desplazarse y quién queda directamente fuera. En esa cartografía desigual, la vivienda se convierte en uno de los lugares donde mejor se dibujan las fronteras sociales de nuestro tiempo.

LO QUE HACEN LAS INSTITUCIONES: DISCURSOS, FILTROS Y LEYES

La respuesta institucional se mueve en una tensión permanente. Por un lado, se pone el acento en el parque de vivienda social, se elaboran estrategias contra la exclusión residencial y se habla de derecho a la vivienda. Por otro, se mantienen y aplican leyes y prácticas administrativas que bloquean el

acceso efectivo de la población migrante a esos derechos: exigencias de regularidad administrativa, padrones revocables, requisitos de arraigo de difícil cumplimiento. El resultado, como digo más arriba, es un doble discurso: se proclama la universalidad, pero se organiza una estructura de filtros que garantiza que la parte más precarizada de la fuerza de trabajo siga rotando en la periferia, siempre disponible para los sectores que necesitan mano de obra barata y desecharable; como ejército industrial de reserva.

De hecho, las modificaciones legislativas más recientes en materia de vivienda muestran un patrón común en Navarra y en la CAV: la mayor parte de las medidas buscan beneficiar a la clase media, que constituye el grueso de la base electoral de los partidos que impulsan estos cambios normativos. Mientras tanto, los sectores más proletarizados, entre los cuales la población migrada tiene gran peso, quedan relegadas a un segundo plano, o directamente sufren recortes en lo que respecta a sus oportunidades de acceso a una vivienda en condiciones de calidad. Basta con mirar con lupa la letra pequeña de algunas medidas recientes para observar este patrón.

En la propia justificación de las leyes se puede vislumbrar la idea de que las políticas públicas de vivienda se han venido centrando demasiado en los sectores más empobrecidos de la población, y que por tanto habría que reorientar dichas políticas de forma más notoria hacia las clases medias. Esto vendría a ser una versión edulcorada del mantra racista que repite aquello de que "las VPO se las llevan los de fuera". Un buen ejemplo nos lo brinda la Ley de medidas urgentes en materia de vivienda, suelo y urbanismo, aprobada en el Parlamento Vasco a finales de 2025. En la fase de enmiendas, la presidenta de Eudel, Esther Apraiz (PNV), en calidad de parte impulsora de la ley, remarcaba la necesidad de aumentar las promociones de vivienda protegida de cara a "quienes lo necesitan, pero también a las clases medias vascas", y destacaba que no se puede pensar "únicamente en las necesidades y la realidad de las personas vulnerables y dejar de lado al grueso de la sociedad, las clases medias".

Este tipo de discursos se traducen en fórmulas como la de la vivienda asequible, que actualmente está en boca de todos los partidos políticos. Esta modalidad de vivienda protegida de alquiler, a la que se están dedicando buena parte de los esfuerzos institucionales, tiene como fin dar cobertura a sectores más solventes de la población. Muestra de ello es que, en la CAV, uno de los requisitos para





acceder a ellas es tener ingresos de entre 21.000 y 39.000 euros anuales. En el caso navarro, estos ingresos tienen que ser de entre 28.000 y 50.400 euros, aproximadamente.

El requisito de empadronamiento en el acceso a la vivienda protegida apunta en la misma dirección. En la CAV, el Decreto de Modificación Urgente de Disposiciones Reglamentarias de Vivienda va a añadir el criterio de llevar tres años empadronado en algún municipio de la comunidad autónoma para participar en el procedimiento de adjudicación de una vivienda de protección oficial de alquiler. En Nafarroa, por su parte, la Ley Foral 20/2022, para el fomento de un parque de vivienda protegida y asequible en Nafarroa, reintrodujo la puntuación por empadronamiento en el acceso a las VPO, precisamente después de haber eliminado dicho cri-

De un plumazo, se otorga credibilidad a los discursos antiproletarios o directamente racistas en lo que respecta a prestaciones sociales y acceso a la vivienda y, al mismo tiempo, se dificulta aún más la vida de la población más proletarizada, en buena medida de origen extranjero

terio en 2016, justificándolo en aquella ocasión con la siguiente argumentación: “acabar con una situación injusta y discriminatoria que hasta la fecha se ha producido en la adjudicación de las viviendas protegidas: la puntuación por años de empadronamiento en algún municipio de la Comunidad Foral de Nafarroa. El derecho a la vivienda es un derecho constitucional que debe ser garantizado con independencia de los años que se lleve residiendo en un determinado lugar, considerándose que todas las personas empadronadas en Nafarroa deben ser tratadas en términos de igualdad”. Cuando esta puntuación volvió a establecerse en 2022, no hubo ninguna mención a ello en la exposición de motivos de la ley, quizás porque admitir explícitamente las razones de este cambio de postura chocaría con el relato integrador que pretenden vender desde las instituciones.

Sin salir de la comunidad foral, más recientemente, la Ley Foral 9/2025, para el derecho a la vivienda asequible, ha establecido, en las adjudicaciones de VPO en régimen de alquiler y de alquiler asequible, un sistema de sorteo que sustituye al anterior sistema de puntuación, de forma que la “necesidad acreditada de vivienda” ha dejado de valorarse a la hora de adjudicar una vivienda protegida. Al mismo tiempo, y excluyendo las reservas especiales —destinadas a familias numerosas, personas con discapacidad, víctimas de violencia de género, etc.—, se imponen reservas del 40% “para personas empadronadas con residencia efectiva ininterrumpida en el municipio de ubicación de la promoción de al menos dos años de antigüedad”. Estos cambios se pueden enmarcar en el patrón descrito más arriba: primar el acceso de los sectores más solventes a las viviendas sujetas a algún régimen de protección pública.

Por último, no se deben obviar los recortes di-

rectos que afectan a los sectores más proletarizados de la población. Anteriormente se han mencionado los crecientes obstáculos en el mero acceso a un padrón, pero otro claro ejemplo de estos recortes lo constituye la reforma de la renta de garantía de ingresos, o RGI, introducida por la ley de medidas urgentes de la CAV que ya se ha citado. Esta ley establece que para poder cobrar la RGI se deberá acreditar “título válido en derecho” de la vivienda o el alojamiento donde se vive. Es decir, se excluye del acceso a esta prestación a las personas que viven sin contrato, en subarriendos ilegales, ocupación o situaciones similares. De un plumazo, se otorga credibilidad a los discursos antiproletarios o directamente racistas en lo que respecta a prestaciones sociales y acceso a la vivienda y, al mismo tiempo, se dificulta aún más la vida de la población más proletarizada, en buena medida de origen extranjero, lo que contribuye a acentuar su exclusión y estigmatización, de forma que se auspician esos mismos discursos racistas.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Llegados a este punto, podría pensarse que el único problema es la *falta de sensibilidad o la poca formación* en las agencias inmobiliarias y en las oficinas municipales. Esa lectura moralizante, sin embargo, es vaga. El racismo inmobiliario en Hego Euskal Herria no es un error puntual del sistema, sino uno de sus vectores centrales. En un contexto de encarecimiento constante del alquiler, de especulación y financiarización de la vivienda, las clases propietarias —desde el pequeño rentista hasta los grandes tenedores y fondos de inversión— usan la raza y el origen como criterio informal para gestionar el riesgo, legitimar la exclusión y defender su tasa de beneficio. El Estado autonómico, con sus límites claros de soberanía y su inserción en



El racismo inmobiliario en Hego Euskal Herria es la expresión, en el ámbito de la vivienda, de una lógica de dominación más amplia: aquella que combina propiedad privada, jerarquías de clase y dispositivos de racialización para decidir quién puede vivir dónde y en qué condiciones

el régimen jurídico español y europeo, oscila entre la corrección parcial de esos desequilibrios y su reproducción mediante la Ley de Extranjería, las políticas de control de fronteras y los filtros institucionales.

Frente a todo esto, hablar de racismo inmobiliario en la CAV y en la CFN no es una cuestión de corrección política, sino el resultado de un análisis materialista. Los datos muestran una soberrepresentación brutal de las personas de origen extranjero en situación de falta total de vivienda, una presencia creciente de denuncias por vulneraciones de derechos vinculadas al empadronamiento y la vivienda, y una percepción social extendida de que el origen extranjero, junto con la pobreza, es uno de los factores determinantes de discriminación en el acceso a un techo.

El racismo inmobiliario en Hego Euskal Herria es la expresión, en el ámbito de la vivienda, de una lógica de dominación más amplia: aquella que combina propiedad privada, jerarquías de clase y dispositivos de racialización para decidir quién puede vivir dónde y en qué condiciones. No basta con denunciar anuncios discriminatorios o exigir una mayor sensibilidad a particulares e inmobiliarias. Si de verdad se quiere enfrentar el problema, habrá que cuestionar la lógica que convierte la vivienda en mercancía, la capa jurídica que separa a la población en sujetos de pleno derecho y población excedente, y la ideología que presenta como decisión racional de un propietario lo que en el fondo es un acto de exclusión de clase racializada. ●





Reflexiones para hacerle frente al fascismo entre la juventud trabajadora

Texto — **Joanex Artola**

Imagen — **Zoe Martikorena**



El mundo se está polarizando. Las portadas de los periódicos están llenas de guerras, genocidios, sanciones económicas, etc. La crisis está aquí y ha venido para quedarse. La oligarquía occidental rezuma impotencia, ya que ni es capaz de dirigir la economía capitalista, ni de mantener el mundo bajo su control, y trata de dominar todo lo que se le escapa de las manos. Como se puede apreciar, dicho intento no se plantea en términos emancipadores, sino todo lo contrario. Esta dirección contraria es el fascismo, y como bien sabemos, es el reflejo de la cara más violenta del sistema capitalista.

El contexto para alimentar esos discursos no viene de la nada. Cuando la época llega a una situación extrema, también lo hacen los discursos: la reacción se radicaliza y el fascismo, con letra pequeña pero incesablemente, toma cada vez más espacio en la esfera pública. No es casualidad que cada vez estén más normalizados los comentarios contra los inmigrantes, planteamientos que ponen en duda la cuestión del machismo o pensamientos como que la pobreza no es un problema estructural, sino una “falta de inversión” personal. Todos los mencionados son elementos que dan pie, discurso y legitimación a un bloque fascista ya organizado.

Sin embargo, todo esto no se puede entender sin poner los elementos en una interacción dinámica: cuando se juntan el empeoramiento de las condiciones de vida de la juventud, la crisis institucional, la desilusión política generalizada y la simplicidad de los mensajes reaccionarios, surge el cóctel perfecto para que la reacción se pueda arraigar.

El programa político de la oligarquía occidental es una apuesta a favor del programa fascista. Dicho de otra forma, la política que impulsa la oligarquía de Occidente favorece al fascismo: económicoamente, reflejado en el imperialismo salvaje; y políticamente, en el viraje autoritario. La elección a favor del programa fascista es consecuencia del colapso del bloque imperialista hegemónico.

Por un lado, hay que situar el marco general en la crisis histórica del sistema capitalista. Ya son varias décadas que el capital no es capaz de mantener su proceso de valorización. Es decir, no es capaz de abrir un nuevo ciclo de acumulación fiable. En consecuencia, la clase media se está proletarizando; sus capas se están empobreciendo y su nivel de vida integral está empeorando. De hecho, el capital no tiene recursos económicos suficiente-

tes para mantener la sociedad burguesa tal y como la conocemos hoy en día: la sanidad, el transporte y las prestaciones públicas son algunos ejemplos. Estamos hablando de la desaparición del estado de bienestar. La oligarquía está deshaciendo, o al menos, precarizando, poco a poco, toda institución que no resulte rentable. En ese contexto, en vez de ser un movimiento rompedor, la socialdemocracia está aceptando y aplicando las políticas de la oligarquía, disminuyendo así el apego que durante años ha existido entre la juventud hacia la socialdemocracia. Todo esto ha acarreado la despolitización y el alejamiento de muchos ante la política profesional. El proceso de despolitización juvenil de los últimos años se ve reflejado en las elecciones, donde los datos de participación de la juventud trabajadora son muy bajos.

Aunque el fascismo, aprovechándose de la despolitización y la incertidumbre de los jóvenes trabajadores, haga propuestas aparentemente radicales, no tiene ninguna herramienta para articularlas de forma colectiva y consciente con las condiciones sociales e ideológicas actuales,. He ahí la función histórica de la despolitización: desarticular el sujeto de clase y aislar al individuo, caracterizando como personales y psicológicos los problemas que son consecuencia de la crisis estructural capitalista. La despolitización no es pasiva; al contrario, es activa y tiene como objetivo esconder el antagonismo de clase. Como decía Marx: la clase dominante no solo tiene el control de la producción, también controla la producción de la conciencia.

El programa político de la oligarquía occidental es una apuesta a favor del programa fascista. Dicho de otra forma, la política que impulsa la oligarquía de Occidente favorece al fascismo: económicamente, reflejado en el imperialismo salvaje; y políticamente, en el viraje autoritario. La elección a favor del programa fascista es consecuencia del colapso del bloque imperialista hegemónico



La interpretación oficial que dinamiza la élite política y económica sobre la realidad –el discurso de la seguridad, el mito meritocrático de la competitividad, la criminalización del feminismo o la demonización de la migración– da una respuesta falsa y tóxica a la desorientación diaria que vive la juventud trabajadora

A su vez, la interpretación oficial que dinamiza la élite política y económica sobre la realidad –el discurso de la seguridad, el mito meritocrático de la competitividad, la criminalización del feminismo o la demonización de la migración– da una respuesta falsa y tóxica a la desorientación diaria que vive la juventud trabajadora. Así es como funciona la hegemonía ultraderechista: pone las condiciones para que los problemas sistémicos de las personas sean considerados como problemas individuales, y así, la reacción autoritaria se presenta como una opción “natural”.

Por otro lado, las propuestas de los partidos burgueses de izquierda para hacer frente a la crisis capitalista han fracasado. El intento de mantener el estado de bienestar ha fallado y muchas políticas llevadas a cabo por gobiernos de izquierda han resultado en el empobrecimiento de las amplias capas del proletariado; la clase trabajadora hemos perdido una gran parte de nuestro poder adquisitivo.

Centraremos nuestra reflexión política en ese contexto. Es importante hablar partiendo de la teoría de la crisis y del marco de desmantelamiento del bloque occidental capitalista e imperialista, situando la reacción y las contratendencias dentro, ya que existe una lectura errónea que identifica el carácter cruel de políticos profesionales o de la élite como causante de varios desastres sociales –aunque los oligarcas demuestren también crueldad e incluso psicopatía. Lo único que busca esta lectura es intentar convencer a la gente de que se puede cambiar la realidad social capitalista a través de las reformas institucionales de los políticos. Es decir, que si en vez de poner a Trump como presidente, hubiesen puesto a Kamala Harris, los problemas se

solucionarían. No es nada nuevo, pero la lectura socialdemócrata actualizada no sirve para entender el funcionamiento de las cosas. En resumen, hoy por hoy tenemos que hablar de la crisis capitalista para poder hablar del auge del fascismo, no nos podemos limitar a la política institucional.

La juventud, y sobre todo, la juventud trabajadora somos huérfanos en este momento histórico: nos encontramos sin referencias políticas revolucionarias y emancipadoras, y, además, la política burguesa de izquierdas ha fracasado. Por si fuera poco, los grupos fascistas han empezado a organizarse, y alguno que otro con eficacia. Cuando la situación es confusa, cuando no hay referentes políticos, las condiciones dan pie a que los grupos fascistas se revindiquen como populares, como organizaciones de masas. Y en esa política e ideología sin rumbo, los grupos fascistas han conseguido funcionar con el apoyo de grandes plataformas electorales como VOX, desarrollando mientras tanto programas retrógrados y reaccionarios. Una gran cantidad de jóvenes ha empezado a trabajar organizativamente e ideológicamente con estos grupos.

En ese sentido, hay dos recursos ideológicos principales que utiliza el fascismo para atraer a la juventud: por una parte, presentan como problemas individuales todos y cada uno de los problemas fundamentalmente económicos y sociales. Ejemplo de ello es el elogio a la filosofía estoica, entre otros. “Si tu vida es miserable, es tu culpa” es el lema que utilizan los fascistas para esconder las miserias que crea el capitalismo. “Si no tienes trabajo, es porque no te has esforzado lo suficiente”, y pensamientos parecidos son los que ponen en el punto de mira a la clase trabajadora, ya que el fascismo tiene siempre en el punto de mira al más pobre, al que



NÚCLE



Así es como funciona la hegemonía ultraderechista: pone las condiciones para que los problemas sistémicos de las personas sean considerados como problemas individuales, y así, la reacción autoritaria se presenta como una opción “natural”

Los fascistas utilizan una filosofía irracional para hacer política. (...) Esto tiene como objetivo quitarle racionalidad a cualquier discusión política sistemáticamente, haciendo uso de falacias "ad hominem", sensacionalismo o mentiras

es expulsado de la dinámica social. No sorprende a nadie que los nuevos fascistas hayan comprado los mantras más grandes del liberalismo, ya que, al fin y al cabo, comparten el mismo marco ideológico, aunque quieran demostrar lo contrario.

El fascismo es también excluyente, siendo el nacionalismo que predica totalmente supremacista. Reivindica el supremacismo nacionalista, yendo en contra de mucha gente que pertenece a esa nación, sobre todo contra los trabajadores migrantes y las organizaciones revolucionarias. Busca, en todo momento, la enemistad entre gente de la misma nación. Así, favorece comportamientos que refuerzan el supremacismo; coloca su cultura y su modelo social por encima de cualquier otro, y ataca directamente a quienes no sean parte de ello. Varios ejemplos claros son los ataques callejeros contra las personas migrantes, los comunistas o del colectivo LGTB.

Por otro lado, toma centralidad la doctrina del irracionalismo. Utilizan filosofía irracional para hacer política. Filosofía irracional refiriéndose a la lógica, los argumentos y las conductas, al igual que a la premisa filosófica que la fundamenta, que utilizan para atraer la juventud a grupos fascistas. Todo lo mencionado tiene como objetivo quitarle racionalidad a cualquier discusión política sistemáticamente, haciendo uso de falacias *ad hominem*, sensacionalismo o mentiras. De la misma manera, recurren a plataformas digitales de la oligarquía para impulsar la irracionalidad. Como ejemplo, desde que X o Twitter pertenece a Elon Musk, no existe lugar para la discusión racional, la red social se ha llenado, en su totalidad, de bulos y mensajes de odio.

Esta irracionalidad se lleva a cabo, principalmente, mediante el comportamiento que toman los fascistas en discusiones políticas: basado en mentiras, idealismo y humo. No analizan la realidad y son populistas, en el mal sentido de la palabra. Por

ejemplo, cuando acusan a los migrantes de ser los causantes de la falta de seguridad y piden el cierre de las fronteras, siendo estas propuestas inviables, no buscan dar solución a un problema concreto, sino difundir odio y sensacionalismo. Al fin y al cabo, no se responsabilizan de lo que dicen, ya que no tienen ninguna capacidad ni compromiso para asumir las consecuencias. He ahí la gran diferencia entre ellos y nosotros: nosotros nos comprometemos con la verdad, y no usamos bulos y mentiras para difundir nuestras tesis políticas; los fascistas, en cambio, sí, ya que no se responsabilizan ni asumen las consecuencias.

Hasta ahora, hemos caracterizado el fascismo como fenómeno, pero es importante, igual incluso más importante que hablar sobre el fenómeno en sí, hablar sobre la estrategia para hacerle frente. En ese sentido, vemos que se pueden desarrollar dos formas de organización antifascista: antifascismo institucional o antifascismo militante o de calle.

Por una parte, el antifascismo institucional – aunque se presente como el gran defensor de la democracia – ha convertido la lucha antifascista en una caricatura simple y despolitizada, en un mero moralismo burocrático usado para mantener el sistema intacto. El Estado burgués, queriendo esconder su raíz autoritaria, define el fascismo como un problema estético, cultural o coyuntural, y nunca refleja cuáles son, en realidad, las bases materiales del fenómeno: el fascismo es una parte orgánica de la crisis histórica del capital y del programa político de la oligarquía.

El antifascismo institucional –aunque se presente como el gran defensor de la democracia– ha convertido la lucha antifascista en una caricatura simple y despolitizada, en un mero moralismo burocrático usado para mantener el sistema intacto

Por eso, vemos que el antifascismo institucional cumple dos funciones: por un lado, desmovilizar a la juventud y a la clase trabajadora, dejando el antifascismo en manos de los “profesionales” y limitándolo a ámbitos legales y técnicos; por otro lado, criminalizar cualquier forma de lucha real y radical, igualando el fascismo y el antifascismo militante, presentándolos como “dos extremos peligrosos”, y neutralizando así la lucha anticapitalista. Su discurso es falso: presenta el fascismo como un “problema de odio” o “consecuencia de la falta de tolerancia”, y así lo entienden, dejando de lado que es un producto histórico de la lucha de clases y una reacción política directa del Capital. De esa forma, para mantener su posición burocrática, el antifascismo institucional pide a la juventud que sea referente y no caiga en provocaciones, entre otros, para poder eliminar cualquier movilización autónoma u organización comunista. Mientras dice revelarse contra el fascismo, blanquea el orden político y social del capital: quiere convertir el autoritarismo en “seguridad democrática”, la expansión del estado policial en “defensa antifascista” y la represión en “una medida para proteger a la sociedad”.

Es indispensable que el antifascismo militante se convierta entre la juventud trabajadora en una tendencia política y cultural hegemónica en el contexto histórico actual. Para ello, debemos articular varias capacidades.

Para poder hegemonizar el antifascismo, desde el punto de vista cultural, es necesario que haya una organización y un discurso independiente entre la juventud, donde el fascismo no se presente solamente como “ultraderecha” o como un “peligro para la democracia”, sino como un proyecto político coordinado del Capital: un mecanismo histórico para el control social, para agilizar el proceso de proletarización y para anular la organización del proletariado. En ese sentido, las organizaciones comunistas de la juventud trabajadora, y la juventud trabajadora en general, somos una fuerza decisiva





El antifascismo no puede ser únicamente una respuesta defensiva: tiene que convertirse en un proyecto político ofensivo y emancipador entre la juventud

El Estado burgués, queriendo esconder su raíz autoritaria, define el fascismo como un problema estético, cultural o coyuntural, y nunca refleja cuáles son, en realidad, las bases materiales del fenómeno: el fascismo es una parte orgánica de la crisis histórica del capital y del programa político de la oligarquía

va para poder educar a las nuevas generaciones en contra del fascismo, precisamente, para poder tener valores y comportamientos antifascistas consecuentes. Mientras la socialdemocracia quiere a la juventud como mera espectadora para ganar votos, los miembros de las organizaciones comunistas debemos estar en primera fila y tenemos que luchar contra el fascismo en todo tipo de espacios: en las calles, en las redes, en los institutos, en las universidades...

Es por eso que el antifascismo no puede ser únicamente una respuesta defensiva: tiene que convertirse en un proyecto político ofensivo y emancipador entre la juventud. A su vez, cabe señalar que es necesario introducir el antifascismo militante dentro de la lucha anticapitalista, ya que al fascismo hay que hacerle frente tanto ideológicamente como culturalmente. Eso implica, inevitablemente, erradicar el modelo social que sostiene y financia el fascismo.

La tarea de la juventud trabajadora no es solamente hacerle frente al fascismo, sino que también tenemos que organizarnos para hacerle frente al orden social capitalista. El antifascismo debe servirnos como herramienta para reactivar la juventud como sujeto político, para poder actualizar la estructura de la organización comunista, activar luchas en barrios y lugares de trabajo, y sobre todo, para poder hacer del antifascismo y el comunismo una tendencia político-cultural hegemónica. ●

Una mirada al racismo actual

Texto — **Adam Laamirni**



Actualmente, se está dando un claro auge del racismo en nuestras sociedades. El racismo se da a distintos niveles, y no es algo exclusivo de su principal conductor, es decir, de la extrema derecha. De igual manera, el racismo, así como las posturas racistas, se muestran en distintas modalidades y maneras. El objetivo de este texto es aportar ciertas claves sobre el racismo, observar las posiciones de diferentes partidos europeos y del Estado español, y analizar y rebatir, a su vez, algunos de los principales bulos racistas.

APUNTES SOBRE EL RACISMO Y LA OPRESIÓN RACIAL

El racismo, como fenómeno moderno, está inevitablemente ligado a los inicios del capitalismo, en concreto al colonialismo y su posterior fase imperialista, cuando los países europeos, siendo la vanguardia del Capital, subordinaron al resto de países del mundo, imponiendo a sus habitantes una posición de dominación. Así, la opresión racial se fue materializando como una forma de dominación del capitalismo.

A pesar del final de la fase colonialista y la pérdida del control directo de las periferias, las potencias de la era imperialista han seguido reproduciendo la subordinación de las periferias, es decir, valiéndose de su superioridad industrial y financiera, han adecuado el sur global a sus necesidades. Entre otros, dirigen a estos países a la explotación de las materias primas, la agricultura o las industrias simples de baja cualificación, mientras que les ahogan con deudas. Es así cómo las potencias capitalistas han acumulado riqueza a costa de las periferias.

En ese sentido, se podría decir que la opresión racial se conforma de tres aspectos generales. El primer aspecto sería la división racial del trabajo, mediante el que los trabajadores de las periferias se mantienen en estratos más bajos, sufriendo los regímenes de explotación laboral más crudos y siendo condenados a la mera supervivencia. Su destino es la pobreza crónica, la esclavitud y la muerte.

El segundo aspecto lo conformarían las formas de dominación particulares para perpetuar dicha división, que, al fin y al cabo, se basan en la suspensión parcial o total de los derechos de estos trabajadores. Encontraríamos así, entre otros, los sistemas de *apartheid* o segregación, los mecanismos específicos de control y represión, y los regímenes dictatoriales, todas ellas herramientas políticas para perpetuar la división racial de trabajo y la brutal explotación que trae consigo.

Por último estaría la ideología racista como expresión ideológica de la opresión racial; dicho de otra manera, el marco ideológico que justifica, normaliza y sistematiza la opresión racial y cumple con la función de naturalizar la opresión de las trabajadoras de las periferias.

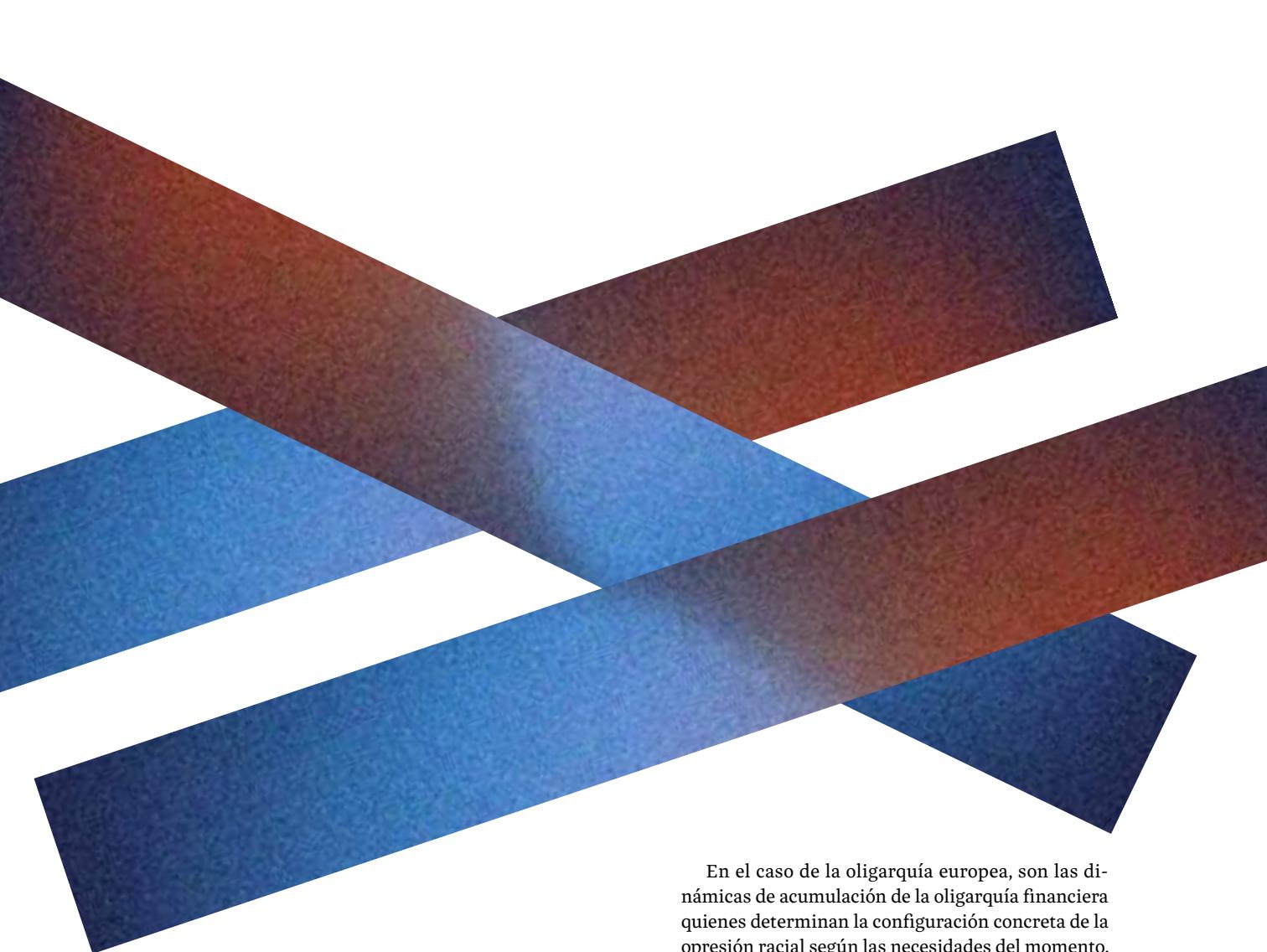
Para ello se desarrollaron las expresiones biológicas de las ideologías racistas, que muestran ciertas características biológicas como justificación de esa subordinación. Las características físicas fueron de los mecanismos más efectivos para lle-

Dirigen a los países de la periferia a la explotación de materias primas, la agricultura o las industrias simples de baja cualificación, mientras que les ahogan con deudas. Es así cómo las potencias capitalistas han acumulado riqueza a costa de las periferias

var a cabo la división racista, estableciendo como marcador de opresión racial el color de la piel, entre otros elementos. Aun así, hay contextos que dificultan la justificación según las características físicas o biológicas, por lo que se ha pasado de utilizar argumentos biológicos a dar más peso a las interpretaciones etnicistas, poniendo en el centro las diferencias culturales y religiosas.

Aproximación a la situación actual

La opresión racial y las ideologías racistas son herramientas para mantener el poder burgués. A pesar de estar dirigidos hacia trabajadores racializados, son un ataque contra toda la clase trabajadora, pues resulta en la fragmentación de dicha clase y encrudece la explotación económica; así, fortalece la posición dominante de la burguesía mientras debilita la de los trabajadores. El racismo, como opresión estructural, es parte del sistema de dominación de la burguesía, sobre todo de la oligarquía imperialista.



Hay que entender las políticas migratorias como muestra de la opresión racial, ya que se basan en la división racial del trabajo y la suspensión de los derechos

En el caso de la oligarquía europea, son las dinámicas de acumulación de la oligarquía financiera quienes determinan la configuración concreta de la opresión racial según las necesidades del momento. Las medidas dirigidas hacia las trabajadoras racializadas van actualizándose, tanto las externas (explotación y dominación de la periferia) como las internas (migraciones y trabajadores racializados autóctonos, es decir, los trabajadores que se van a insertar en los procesos de trabajo del centro imperialista).

En este artículo, abordaré el tema desde la perspectiva de las migraciones, pues ese es el elemento sobre el que pivota el auge de las ideologías racistas. De hecho, las políticas y los discursos sobre la migración no apuntan, de manera abstracta, hacia todas las personas extranjeras. Al contrario, van dirigidas específicamente contra los trabajadores racializados de las periferias; basta con ver que los refugiados de Ucrania o los grandes inversores no generan ninguna polémica. En este sentido, hay que entender las políticas migratorias como muestra de la opresión racial, ya que se basan en la división racial del trabajo y la suspensión de los derechos.

Por último, hay que entender que las ideologías racistas sobre la migración también crean las condiciones para intervenciones imperialistas o para atentar contra los trabajadores racializados autóctonos.

Los países europeos han tomado medidas para acelerar la expulsión de las personas migrantes en situación irregular, enfocándose sobre todo en la figura del solicitante de asilo. El 20-40% de las personas migradas en situación irregular optan por la vía del asilo

CONTEXTO EUROPEO

Antes de aterrizar en la situación del Estado español o Euskal Herria, debemos identificar la proyección de Europa en este asunto.

Desde la década de los 50, Europa ha integrado trabajadores de las periferias de manera estable en su economía, hasta el punto de convertirse en parte significativa de ella. Además, estas poblaciones han cobrado aún más peso por las tendencias demográficas negativas de Europa. Aun así, al contrario de lo que dicen los fascistas, no existen ni fronteras abiertas ni un modelo migratorio permisivo. A partir de la década de los 90, los estados europeos han ido tomando medidas para limitar y controlar los flujos migratorios. A continuación, intentaré esbozar una descripción general del contexto actual.

Las economías europeas no se han recuperado de las consecuencias de la crisis de 2008, tales como el endeudamiento, la pérdida de la productividad o las crisis políticas. La gota que ha colmado el vaso ha sido que Europa ha perdido su posición de entre las potencias imperialistas, debido, entre otros aspectos a las tensiones con Rusia y EEUU. Es verdad que la economía europea necesita a las personas migradas, pero también es verdad que el futuro de su economía es más bien inestable. Por otra parte, existe la creencia bastante justificada de que la crisis y la pobreza mundial serán la causa de grandes flujos migratorios. El pico migratorio tras la guerra de Siria puso a los países europeos ante una cruda realidad. Las consecuencias de las guerras y miserias del imperialismo les estallaron en las manos, en forma de medio millón de personas migradas.

En consecuencia, la perspectiva de Europa se está adecuando a este contexto en el que, a pesar de que es necesario mantener (y recrudecer) la explotación sobre la migración en las economías del centro, también se deben endurecer los mecanismos de control sobre esta población. La situación actual se puede resumir así: personas migrantes sí, para una economía debilitada, pero demasiados migrantes potenciales para una economía debilitada.

El nuevo pacto sobre migración y asilo

Las políticas migratorias europeas han puesto el foco en el control y la gestión de los flujos migratorios. Su mayor ejemplo es el nuevo pacto de asilo, donde se ve la proyección de Europa para los años siguientes. Me gustaría centrarme en tres aspectos.

El cambio de las políticas de asilo y la expulsión rápida de migrantes

Los países europeos han tomado medidas para acelerar la expulsión de las personas migrantes en situación irregular, enfocándose sobre todo en la figura del solicitante de asilo. El 20-40% de las personas migradas en situación irregular optan por la vía del asilo (en el Estado español, el 40-50%). Las últimas reformas aportan más medios para denegar el derecho al asilo. Como ejemplo, se ha ampliado la lista de terceros países seguros (incluyendo, entre otros, a Colombia y Marruecos), que recoge la competencia de denegar automáticamente la solicitud de asilo a todas las personas que transcurran por estos países. Además, estas medidas llegan en un contexto en el que la violencia de los estados está a la orden del día, y proporciona mayor cobertura legal a estas acciones (como por ejemplo los “push-back” o las “devoluciones en caliente”).

POSICIONES POLÍTICAS DEL ESTADO ESPAÑOL

El bloque político principal (el PPy el PSOE)

En el Estado español, nos encontramos con un abanico de partidos políticos que siguen esta política, cada cual representando determinados intereses de clase. Pese a sus diferencias, todos pivotan sobre la agenda europea, en la medida en que se sostienen sobre la posición imperialista de Europa.

Desde la Transición, el Estado español ha sido gobernado por dos partidos, que al mismo tiempo están insertados en los dos bloques principales del equilibrio europeo. En este sentido, el PP y el PSOE son los partidos principales de la burguesía y la clase media del Estado, y operan en sintonía con la oligarquía europea, subordinándose a ella.

En cuanto al Partido Popular, debemos decir que su agrupación europea a sido quien ha ostentado la presidencia de la Comisión Europea en los últimos 20 años. Dicho de otra manera, el Partido Popular es parte de la agrupación política principal de la burguesía europea, encabezada por la CDU alemana.

Así, la posición del Partido Popular gira en torno a dos ejes ya mencionados, siendo ejemplo de ello su propuesta migratoria: reconoce la necesidad de explotación económica de las personas migrantes y reivindica los recortes de derechos y aumento de control, proponiendo el fin del sistema de arraigo, la eliminación de regularizaciones extraordinarias y medidas como un sistema de puntos para la clasificación personas migradas. Su único criterio es la rentabilidad económica. Su posición se encuentra en sintonía con la de Alemania y Europa: el control prevalece sobre los derechos.

El PSOE también sigue la misma estela, promoviendo el uso económico de las personas migradas, pero haciéndolo, además, con muchos más límites y condiciones. El Gobierno de Sánchez y los socialistas europeos defienden y aplican la agenda de la UE; es más, han formado parte de distintas agrupaciones que han dado pasos importantes contra la migración.

El endurecimiento de los medios de control

El nuevo pacto profundiza en nuevas tecnologías de control y en la militarización de las fronteras. Por una parte, refuerza organizaciones militares como Frontex. Por otra parte, la industria tecnológica militar extrae enormes beneficios, ya que es promotora y beneficiaria de las políticas migratorias.

Políticas de externalización

Se puede entender como una rama de la militarización de las fronteras, pues es un intento de aumentar el control sobre las rutas migratorias. Por ejemplo, fuera del espacio europeo, se está apostando por el establecimiento de cárceles y centros de control de las personas migrantes. Por otra parte, hay que recalcar que en este tipo de centros se ataca constantemente a las personas migradas a través de la tortura, violaciones y condiciones de semiesclavitud.

Coordenadas actuales del racismo: la islamofobia

Las políticas migratorias adaptan el racismo según las necesidades actuales de Europa. Las políticas de migración tienen como objeto sobre todo a los y las trabajadoras del Este o de África. Esta tendencia es muy visible si observamos los espacios en los que ha habido una mayor extensión de tecnología militar y violencia. En este sentido, el tipo de racismo que se reproduce con las políticas de migración actúa sobre todo en contra de las personas provenientes del Este, árabes y magrebís, y ha ido tomando la forma de islamofobia. Esto no significa que los demás sectores racializados no sufren las consecuencias de estas políticas, pero, hoy por hoy, el foco está sobre todo sobre las poblaciones mencionadas.

Aun así, el PSOE ha hecho ciertos gestos engañosos a nivel de la política estatal, entre otros, la regulación extraordinaria y su voto en contra del último acuerdo dentro del pacto de asilo. En ambos casos, el PSOE ha querido erigirse como referente a favor de la migración ante el giro reaccionario de Europa. Sin embargo, detrás de estos ejemplos no hay ninguna posición antirracista, sino más bien otro tipo de intereses.

En el asunto de la regularización, el PSOE se ha aprovechado de la polarización en el Estado para representar una pantomima abanderada por él, para así fagocitar los partidos pequeños de izquierdas y acumular el apoyo de sus votantes. En realidad, ha guardado la regularización extraordinaria en un cajón, sustituyéndola por una reforma de la Ley de Extranjería, que, además, añade obstáculos a la vía de asilo (en sintonía con el pacto europeo y siendo el Estado español el país que más solicitudes de asilo deniega).

Y el voto contra el pacto no viene de su postura opuesta al pacto; al contrario, lo ha defendido firmemente. La cuestión es que los cambios que se proponían en esta última votación eran perjudiciales concretamente al Estado español. Al fin y al cabo, el voto negativo no ha sido más que un intento de sufrir lo mínimo posible en la aplicación del pacto, una maniobra para regatear las partidas presupuestarias de Europa y recibir su apoyo.

Y tras tanto trilero, juego y disfraz no se esconde ningún carnaval, sino balas. Marlasca utilizó argumentos humanistas para justificar ese voto, pero su ministerio abrió unos meses atrás cárceles para el control de las personas migrantes en Mauritania o una macroCIE en Algeciras. Esto es lo que se esconde tras las políticas del PSOE: la misma tendencia que el PP. El programa de la oligarquía europea, adornado de bonitas palabras.

En conclusión, todos estos partidos del centro sostienen la agenda racista adaptada a los retos actuales de la Europa imperialista. Así, en España, el PP y el PSOE son los mayores representantes del racismo estructural que impone la oligarquía europea. El PNV y Junts también se encuentran en esas mismas coordenadas, como muestran algunas propuestas recientes donde los dos partidos autonomistas han negociado las competencias y las partidas presupuestarias para el uso económico y el control de las personas migrantes.

El nuevo socio del bloque principal: el fascismo (VOX, Aliança Catalana, etc.)

Pero hay otra razón por la que se está poniendo un mayor énfasis en el control: el crecimiento y el impacto del nuevo fascismo, pues es innegable que el fascismo se ha convertido en una parte cada vez más importante del panorama político.

Mediante el fascismo, se canaliza la desesperación de una clase media en proceso de proletarización y de ciertas capas de la burguesía, que, ante la decadencia imperialista de Europa y tras el deseo de mantener sus privilegios nacionales, se atrincheran en el nacionalismo y la reacción. Así, una de las funciones principales del nuevo fascismo es espolear y canalizar la deriva reaccionaria, para así acelerar la agenda autoritaria de Europa.

Así, estas corrientes materializan la versión más radical del racismo. Impulsan las medidas más duras, difunden constantes bulos racistas e inducen a movilizaciones callejeras. VOX y sus homólogos europeos y estatales, cada cual en su estilo, intentan difundir una perspectiva supremacista sobre la migración, centrada sobre todo en la islamofobia.

La extrema derecha no es un *lobby* que opera desde fuera, sino una fuerza completamente integrada en la proyección estratégica de Europa. Tanto es así, que las dos principales agrupaciones europeas que incluyen a partidos de extrema derecha (ERC y Patriots for Europe) son la tercera y cuarta fuerza, y se encuentran en el Gobierno en algunos estados (por ejemplo, en Polonia e Hungría). En el caso de Meloni también se ve claramente que, lejos de ser una *rara avis*, es una figura importante integrada en la dinámica Europea, más aun gracias a su afinidad con Trump.

Ese es el panorama general; así, el círculo se va cerrando. El PP y el PSOE, como principales partidos, aplican el programa de la oligarquía europea, buscando un equilibrio entre el uso económico de la migración y su control, inclinando la balanza hacia el segundo. La inclinación de la balanza es representada por el fascismo, que no solo es consecuencia de las estrategias o propagandas electorales. De la misma manera en que la policialización de la sociedad se traduce en la incorporación de más policías, la generalización de la solución autoritaria lleva a más fascistas al poder.



Esto es lo que se esconde tras las políticas del PSOE: la misma tendencia que el PP. El programa de la oligarquía europea, adornado de bonitas palabras

Los socios secundarios externos al bloque principal (Podemos, Sumar, EH Bildu, ERC, etc.)

Para terminar, tendríamos a los partidos de la izquierda reformista. Según ellos, el asunto del racismo se limita a la cuestión de derechos civiles y discursos racistas; así, como mucho, proponen reformas y señalan discursos racistas. Sin embargo, no cuestionan la base de la opresión racial, es decir, la posición imperialista de Europa, siendo ese el marco que posibilita la aplicación de su programa interclasista. En consecuencia, no tienen ningún programa para superar la división racial del trabajo o la dominación racial, por lo que, al final, el racismo se les cuela de una manera u otra.

En este sentido, se encuentran cada vez más fuera del bloque político dirigente que va cerrándose, pues siendo su marco de aplicación la posición imperialista de la UE y de sus estados, tienen cada vez menor margen de maniobra. Los sueños por un capitalismo inclusivo van mermando, y estos partidos quedan atrapados entre las dos tendencias principales.

Por una parte, ante la agenda autoritaria de los estados y la tendencia reaccionaria de la base social de la clase media, se suman a la corriente general para no quedar fuera de juego, corriendo el peligro de acercarse al sentido común racista y buscar sintonía con la agenda antimigración europea. Un claro ejemplo sería ERC, que se ha apropiado de ciertos eslóganes que justifican la agenda contra la migración (por ejemplo, asociando migración con inseguridad).

Las declaraciones de los políticos, el bombardeo mediático, la vorágine reaccionaria de las redes sociales y los movimientos fascistas se han encargado de difundir tópicos, bulos y estereotipos para justificar las medidas contra las personas migradas en este tiempo de actualización y difusión del sentido común racista

Por otra parte, a medida que aumentan las contradicciones, aumenta también la desconfianza hacia la farsa del reformismo de una parte de la base social de estos partidos, en la que se encuentran, entre otras, asociaciones de personas migrantes o trabajadoras del sector social, colectivos que, a fin de cuentas, mantienen un compromiso antirracista consecuente. Así, hemos visto intentos de mantener o atraer a estas masas de votantes mediante máscaras de radicalidad, intentando capitalizar la preocupación sobre el racismo, por ejemplo, por parte de Podemos.

Por último, nos encontramos con posiciones intermedias, como la que representa EH Bildu. Este, al mismo tiempo que reproduce ciertos tópicos racistas (como cuando Otegi afirmó que hace falta migración para ocuparse de trabajos secundarios), intenta mantener una apariencia antirracista. Al fin y al cabo, como su proyecto actualizado se basa en competir con el PNV, se apropia de algunos de sus discursos reaccionarios. Asimismo, sus miembros han intentado mostrar una imagen radical del partido para tratar de bloquear la expansión de sectores revolucionarios de izquierdas que están fuera de su control (como el Movimiento Socialista). Toman una postura completamente electoralista ante racismo; es decir, se inclinan hacia un lado o hacia el otro según les convenga. En este sentido, considero que EH Bildu ha tomado una posición bastante tibia respecto al racismo; mientras no haya conflictos de gran dimensión, intentará situarlo en un segundo plano, y cuando la situación estalle, improvisarán.



IDEOLOGÍA Y SENTIDO COMÚN RACISTA

Este contexto tiene su traducción en la ideología y cultura occidentales. No es casualidad que según las últimas encuestas del CIS o el Euskobarómetro haya crecido la preocupación social sobre la migración, lo cual no significa que esta preocupación no haya sido inducida. Las declaraciones de los políticos, el bombardeo mediático, la vorágine reaccionaria de las redes sociales y los movimientos fascistas se han encargado de difundir tópicos, bulos y estereotipos para justificar las medidas contra las personas migradas en este tiempo de actualización y difusión del sentido común racista. Pero no se nos puede olvidar que este proceso no se da meramente en el plano discursivo, sino que se trata de una ideología enraizada en una tendencia estructural.

A continuación, trataré de analizar algunos tópicos y bulos y confrontarlos desde la perspectiva comunista.

“Vienen a aprovecharse”

Antes de nada, hay que recordar que las causas de la migración yacen en la sociedad capitalista y las potencias imperialistas, es decir, que estos flujos migratorios no existirían si el centro no acumulara riqueza y en las periferias no hubiera pobreza, inestabilidad, guerras o crisis climáticas. Además, solo un pequeño porcentaje de las trabajadoras forzadas a migrar consiguen desplazarse fuera de su continente; por lo tanto, en comparación con la necesidad real, son relativamente pocos quienes se pueden “aprovechar” de Europa.

Las políticas de la UE, precisamente, trabajan para ahondar en ese aspecto, intentando subordinar a los migrantes y las migrantes a criterios económicos para que estas personas no se aprovechen de la economía de Europa, sino que sea la burguesía quien se aproveche de ellas. Y, en realidad, así está siendo: mientras que las personas migradas suponen un 40% de los nuevos puestos de trabajo del Estado, solo el 11% recibe ayudas sociales (cuando conforman el 18% de la población, incluyendo a quienes tienen la nacionalidad). A esto hay que añadirle que las personas en situación irregular no tienen acceso a gran parte de las ayudas.

Por otra parte, debemos considerar que cuando obtienen una tasa mayor de ayudas es porque estos sectores padecen niveles más altos de pobreza, no por que sean migrantes, por mucho que así lo afirmen los fascistas. Es más, la mayoría de las ayudas que reciben son contributivas, es decir, corresponden al trabajo por el que previamente han cotizado.

Por último, ante quienes dicen que generan un empeoramiento de sueldos y condiciones, no olvidemos que se incorporan a trabajos con un alto nivel de precariedad. No es que la presencia de migrantes haya empeorado dichos sectores, sino al revés: son las pésimas condiciones de estos sectores las que han posibilitado la incorporación de estas personas. Las personas migrantes no vienen a aprovecharse y no empeoran la economía nacional: al contrario, están subordinadas a los criterios de los capitalistas.

Este bulo sirve para canalizar el malestar generado por la proletarización de la clase media y la disminución salarial, situando a las personas migrantes como responsables de la mala situación económica, en vez de poner el foco en los capitalistas y los políticos. Se puede decir que el atrincheramiento nacionalista de los últimos años refuerza este bulo racista, pues recalca que las personas migrantes no pueden beneficiarse de la economía local y deben seguir siendo pobres sin derechos.



Desde la óptica del proletariado internacional, identificamos la bajada de los salarios dentro de la ofensiva económica de la burguesía, al igual que el empeoramiento de servicios o prestaciones; es decir, son las políticas de austeridad y el aumento de precios causado por la inflación las causantes de esta situación. Siendo esto así, es necesario impulsar la unión de la clase trabajadora (local y migrada) para organizar luchas efectivas contra esta ofensiva. Las posiciones reaccionarias de la clase media traen consigo una posición antiinmigración que, en consecuencia, mantiene a la clase trabajadora fragmentadas y en complicidad con la burguesía. Llenar las filas de la reacción o prender la chispa del comunismo: ahí está la clave.

“Generan delincuencia e inseguridad”

Para alimentar el fantasma de la inseguridad, hay una frase que se repite en muchas entrevistas de televisión o publicaciones de Internet: “Me vais a perdonar, pero siempre son los mismos”. Me parece un buen ejemplo del sentido común que se está creando. Yo lo traduzco así: “Me vais a perdonar (que sea racista), pero todos los delincuentes son migrantes”. No afirman que todos los migrantes sean delincuentes, pero sí que todos los delincuentes son seguramente migrantes.

Esto es completamente falso, y así lo confirman los datos (las personas “autéctonas” cometen alrededor del 70% de los delitos). Por otra parte, sabemos que en la base de la delincuencia se encuentran la pobreza, las desigualdades sociales y la exclusión, y no el origen o la cultura de las personas migrantes. Este es, al menos, el carácter de la mayoría de los delitos que se señalan este tipo de discursos: entre otros, los robos o las ocupaciones son delitos estrechamente relacionados con las necesidades económicas. Al contrario, no se habla de la misma manera de la burguesía, los políticos y sus aliados, a pesar de ser ellos quienes cometen los mayores crímenes contra la clase trabajadora.

Por ello, señalamos que en los casos en los que las personas migradas tienen una tasa mayor de

delitos, las razones principales tras esos delitos se encuentran en la exclusión y la pobreza, pues aunque las personas migradas tienen una mayor tasa laboral, también tienen mayores tasas de pobreza y desempleo. Debido a la división racial del trabajo, se encuentran en puestos con peores condiciones, en trabajos informales y con grandes tasas de temporalidad; por ende, tienen mayor probabilidad de terminar en situación de pobreza.

Por otra parte, hay que recalcar el carácter racista del aparato represivo del Estado. Los reglamentos específicos (los CIE, las leyes de expulsión, etc.) y las tasas de pobreza alimentan su persecución. Para las fuerzas policiales, las personas migradas se convierten en delincuentes potenciales, y hay estudios que demuestran que proceden a la identificación según su perfil racial. Aparte de esto, hay un evidente acoso específico hacia las personas migradas en los aparatos judiciales, lo cual se ve reflejado, por ejemplo, en los altos porcentajes de migrantes encarcelados en régimen preventivo, a pesar de su baja tasa de reincidencia.

Aun así, los árboles no nos pueden ocultar el bosque. La mayoría de quienes cometen delitos no son personas migradas; es más, en muchos casos, estos sectores tienden a evitar actos delictivos por su situación irregular. Además, según los datos y en contra de lo que dicen los fascistas, la tasa de delitos se encuentra en sus mínimos históricos; en resumidas cuentas, en una época en la que el número de personas migradas es más alto que nunca, la delincuencia convencional se encuentra en cifras más bajas que nunca, a pesar de que hayan aumentado algunos tipos de delitos.

Este discurso, al fin y al cabo, es un medio para justificar la represión y el control sobre las personas migradas: están controladas o encarceladas porque son potencialmente delincuentes. Además, el discurso de la inseguridad justifica las medidas contra la totalidad de la clase trabajadora, entre otros, la intensificación del control social y la policiarización de las calles.

“Pertenecen a una cultura reaccionaria”

Ante esta falacia, el elemento que hay que subrayar es que hoy en día todas las expresiones culturales o étnicas están subordinadas a la lógica capitalista, y que, por lo tanto, se adecúan a las necesidades de los capitalistas y clases medias. Siendo esto así, no tiene sentido realizar un ensalzamiento abstracto de una cultura nacional o decir que algunas son más reaccionarias que otras en esencia. Desde una perspectiva comunista, debemos adoptar una posición política ante las expresiones culturales, confrontando los elementos capitalistas y reaccionarios de cada expresión cultural y manteniendo características no reaccionarias. En este sentido, por encima de las diferencias culturales, los comunistas y las comunistas apostamos por la unidad de clase.

Centrándonos en el contenido de este bulo, se dice que la población musulmana es más reaccionaria. Sin embargo, las actitudes que se les reprochan no son propias de la cultura musulmana. Es más, para demostrar este supuesto carácter reaccionario, se utilizan declaraciones de corrientes fundamentalistas. No obstante, los musulmanes y las musulmanas de clase trabajadora no buscan reforzar el fundamentalismo; al contrario, este está siendo utilizado como una herramienta para su opresión. Además, en cierta medida, estas corrientes han sido impulsadas por el imperialismo occidental, como claramente se puede ver en el ejemplo de Afganistán.

A pesar de que la reacción, a nivel mundial, también tiene su representación en países musulmanes, no es un elemento exclusivo de estos. Es más, son los reaccionarios y fascistas de Occidente quienes constantemente atribuyen actitudes machistas a las poblaciones musulmanas, cuando son



El bulo que dice que las personas migrantes vienen países del centro imperialista a aprovecharse sirve para canalizar el malestar generado por la proletarización de la clase media y la disminución salarial, situando a las personas migrantes como responsables de la mala situación económica, en vez de poner el foco en los capitalistas y los políticos

Sabemos que en la base de la delincuencia se encuentran la pobreza, las desigualdades sociales y la exclusión, y no el origen o la cultura de las personas migrantes

ellos mismos quienes impulsan a más no poder la versión europea de la reacción (machista y misóginas), o quienes, mientras utilizan las agresiones sexuales cometidas por migrantes para expandir su racismo, callan ante las altas tasas de agresores entre las fuerzas policiales. Como ya he mencionado antes, los comunistas y las comunistas combatimos toda actitud reaccionaria, venga de donde venga.

Este bulo supone un paso más en el disciplinamiento de las personas migradas, y, sobre todo, de los trabajadores musulmanes, pues, mediante este mecanismo, además de criterios económicos también se establecen criterios culturales (explícitamente racistas) para justificar su exclusión.

Por último, entendemos que las culturas nacionales no son homogéneas en sí; es decir, son producto de la relación entre diferentes culturas. Así, la unión de trabajadores de diferentes orígenes debería ser un medio para respetar y alimentar la diversidad cultural, también en el caso de culturas minorizadas como la nuestra. Al fin y al cabo, los principios comunistas son la única alternativa para ello, pues la lógica capitalista siempre utilizará diferencias culturales para crear enemistades entre la clase obrera.

Del racismo al supremacismo

El sentido común racista actual toma forma con estos bulos, que son los componentes principales de esta ideología. Como consecuencia, se dice que hay que mantener en la pobreza a quienes vienen a aprovecharse; como son delincuentes, hay que mantenerlos reprimidos, y como forman parte de una cultura reaccionaria, lejos. El mensaje que se esconde tras este aparente sentido común es claro: que se mantengan en un nivel inferior, o que se vuelvan a sus países. Pero en un lado u otro de la frontera les aguarda el mismo destino: la pobreza, los peores trabajos, la cárcel o la muerte.

En lo que se refiere al supremacismo, me gustaría aclarar que, cuanto más se expanda el sentido común racista, más eco van a tener las opiniones

supremacistas. Hasta ahora, las personas migradas pueden ser respetadas siempre que se mantengan como sujetos subordinados (si son migrantes “buenos”); sin embargo, las posiciones supremacistas las identifican directamente como enemigos y distorsionan la realidad con un odio irracional: son, según ellos, sectores de la clase trabajadora que, más que subordinada, debe ser directamente destruida. En consecuencia, se alientan ataques contra las personas migradas desde estas posiciones.

Por eso me parece importante prestar atención al tema: las ideas supremacistas no son simples ideas, sino que tienen implicaciones prácticas. Son ideas que impulsan a los sectores de la sociedad civil a tener una actitud más activa, abriendo el camino al escuadrismo y a los pogromos. Es más, poco a poco, también van poniendo en el punto de mira quienes defienden a los obreros racializados (entre otros, a militantes antifascistas y comunistas). Por lo tanto, supone una radicalización de las posiciones racistas y una férrea defensa de la fragmentación de la clase obrera y la jerarquía social del capitalismo.

PROPIUESTA REVOLUCIONARIA

Ante este panorama, me gustaría compartir ciertas reflexiones sobre cómo materializar la alternativa comunista también en el ámbito de la opresión racial y el asunto del racismo.

Con lo mencionado, el fin del racismo solo llegará con la articulación de una estrategia revolucionaria hacia la destrucción del capitalismo y su estrategia imperialista. En la medida en que las propuestas interclásicas se sostienen sobre la posición imperialista de Europa, estas propuestas necesitan de su vigencia, y, así, de la perpetuación de la opresión racial. De poco sirven las declaraciones radicales de la izquierda reformista, menos aún en este momento en el que el margen de la realización de las reformas se ha reducido enormemente a causa de la decadencia imperialista. Solo el proletariado revolucionario dispone de la potencia política



A pesar de que la reacción, a nivel mundial, también tiene su representación en países musulmanes, no es un elemento exclusivo de estos. Es más, son los reaccionarios y fascistas de Occidente quienes constantemente atribuyen actitudes machistas a las poblaciones musulmanas, cuando son ellos mismos quienes impulsan a más no poder la versión europea de la reacción

y el programa histórico para la superación de esa sociedad y sus opresiones. En este sentido, la independencia política es la única vía para superar la opresión racial.

Por ello, es imprescindible la articulación de una organización revolucionaria que sea independiente de los estados y los partidos, es decir, la construcción del partido comunista, así como la hegemonización del comunismo entre el proletariado. El partido comunista actúa inevitablemente desde una perspectiva internacional, siendo la unión de los trabajadores y las trabajadoras del mundo un principio para su actividad. Por lo tanto, es necesario expandir la organización independiente de trabajadores y trabajadoras en todas las capas del proletariado, sea cual sea su origen o cultura, al tiempo que se deja de lado el nacionalismo representado por las clases medias, y actuar en sentido internacionalista.

Si la unión revolucionaria es imprescindible para la superación de la opresión racial, la articulación contra la opresión racial también es imprescindible para la consecución de esta unión. Es decir, debemos confrontar todas las ramas que profundizan en la fragmentación de la clase trabajadora, aunque la capacidad concreta para ello esté condicionada por las fuerzas de cada momento. Así, creo que, por un lado, debemos denunciar y confrontar las políticas imperialistas del Estado, así como defender las luchas de las trabajadoras de la periferia. Un buen ejemplo sería la lucha de los últimos años a favor de Palestina. Por otro lado, deberíamos luchar contra la división racial del trabajo y la falta de derechos que sufren los trabajadores racializados, es decir, articular la autodefensa socialista a favor de los derechos y las condiciones de vida de la clase trabajadora en su conjunto, y entre ellos las de las personas migradas. Por último, debemos hacer una labor ideológica contra los discursos racistas (vengan de donde vengan), y fortalecer la lucha contra sus manifestaciones más extremas, es decir, el fascismo.

Como reafirmación del potencial emancipador del programa comunista, me gustaría terminar el artículo con estas palabras del militante afroamericano Harry Haywood: “Ya en una sexta parte del mundo, en la Unión Soviética, los trabajadores y campesinos han establecido su propio gobierno. Han liberado a todas las nacionalidades oprimidas que gemían bajo el azote capitalista de los zares. Hoy, en la Unión Soviética, 132 pueblos a los que se les había enseñado a odiar o desconfiar los unos de los otros están cooperando en plena igualdad social y política por la construcción de una sociedad socialista. Allí, los trabajadores han destruido la mentira capitalista del ‘odio racial’ y la ‘inferioridad racial’. Cualquier trabajador que muestre cualquier vestigio de este veneno capitalista es expulsado de las fábricas, como dos ingenieros estadounidenses han aprendido hace poco. Los trabajadores soviéticos nos han mostrado a los trabajadores estadounidenses, negros y blancos, un glorioso ejemplo y la verdadera vía.” ●



Publicación
DICIEMBRE 2025
EUSKAL HERRIA

Coordinación,
redacción
y diseño
GEDAR LANGILE
KAZETA

Web
GEDAR.EUS

Redes sociales
TWITTER E
INSTAGRAM
@ARTEKA_GEDAR

Contacto
HARREMANAK@
GEDAR.EUS

Suscripción
GEDAR.EUS/
HARPIDETZA

Edición
ZIRRINTA
KOMUNIKAZIO
ELKARTEA
AZPEITIA

Depósito Legal
D-00398-2021

ISSN
2792-453X

Licencia


Nota de los editores: Las ideas, afirmaciones y conclusiones contenidas en Artekak son de los autores que firman cada artículo.

